

Revolución, complot, terrorismo: Formas de la política en Robbe-Grillet

*Bruno Grossi*¹

La presencia de «la política» en la obra de Robbe-Grillet es tan ubicua como evanescente. O mejor: de tan omnipresente se transformó en invidente. Redundando en la forma, la crítica invisibilizó el contenido. Fetichizó la construcción y desestimó todo material mimético al arcón sin fondo del análisis estructural del relato. La política del significante (militada por Barthes, Sollers, Foucault, Ricardou o el propio Robbe-Grillet frente a la crítica de corte picardiano), tenía mucho de significante, pero no tanto de política. La reducción de la obra a sus innovaciones formales debía necesariamente sustraer ciertos elementos disonantes que contradecían la búsqueda del grado cero, de la impersonalidad, de la soberanía. De ahí al apoliticismo y *l'art pour l'art* había nada más que un paso. Es lo que las lecturas sociológicas quisieron en cierta manera restituir: a pesar del universo convencional –y en apariencia poco “comprometido” – representado (relatos policiales, pueblos de provincias y maridos celosos), la escritura blanca y neutra era pasible de ser analizada ideológicamente. La política reaparecía ahí mismo donde justamente se pretendía haberla negado. El análisis marxista, de autores como Goldmann (1963) o Leenhardt (1973), hizo énfasis en la ideología subyacente en la forma, pensando múltiples continuidades, rupturas o resignificaciones entre las narraciones de Robbe-Grillet y la realidad social. Pero allí donde el primero veía una obra conservadora que reproducía, a través de los propios procedimientos novelescos, las condiciones de existencia del alienado mundo moderno, el segundo

¹ UNL – CONICET brunomilan@hotmail.com

invertía el sentido del análisis: *La Jalousie* daba cuenta de las contradicciones del colonialismo francés, pero lo hacía a partir de un estilo que nada debía a las novelas políticas de antaño (a las cuales parodiaba). El contenido (y eso era en cierta manera algo novedoso: las novelas de Robbe-Grillet expresaban por primera vez un contenido), ya no era la mera excusa para la actualización de formas; sino que el contenido era la contraparte inevitable, inextricable de la forma. Justamente lo que Leenhardt venía a decir es que la aparente banalidad o rigidez de las descripciones robbegrilleteanas tenía una razón de ser al interior del propio universo diegético. La forma aparecía finalmente –trocada por el análisis– como el resultado, la consecuencia de determinado sustrato temático que la generaba.

De la política *de* Robbe-Grillet a la política *en* Robbe-Grillet. En este sentido la utilización de una u otra preposición parece plantear dos núcleos de problemas diferentes que a veces han terminado por hipostasiarse, separarse o ignorarse. La política de Robbe-Grillet, la política del significante ha sido, como vimos, vastamente discutida, a tal punto que podríamos decir no hay análisis que no la incluya, explícita o implícitamente, como problema. Mientras que la política en Robbe-Grillet, es decir el contenido político visible, latente o sublimado en su obra sigue siendo extrañamente ignorado, manteniéndose sobre él un halo de misterio que no hace sino acrecentarlo. Algo de todo ello parece hacer eco en “*Regicide and readers: Robbe-Grillet’s politics*” (1990). En dicho ensayo Ann Jefferson sigue de cerca, anota, comenta, historiza, todas las menciones políticas explícitas que aparecen en las *romanesques* autobiográficas y en los ensayos literarios de Robbe-Grillet. Pero no solo eso: a partir de dicho corpus de ideas es que la crítica inglesa puede extrapolar una hipótesis, una posición ideológica (el individualismo, anarquista a veces, conservador otras, de Robbe-Grillet lo lleva a desconfiar de la política en sí), con el cual leer el resto de su obra ficcional. De allí que ella vea en *Le Regicide* la consumación de dicha hipótesis: la oposición a la autoridad “*it is political not in so far as it might be motivated and justified by a set of political beliefs and strategies, but rather, in so far as it is an affirmation of the individual against the political order*” (p. 46). Pero la interpretación de la inglesa recae en el vicio propio de todo inmanentismo: al sustraerse de las ideologías exteriores que condicionan la lectura, la hermeneuta busca extraer sus categorías de análisis exclusivamente de la propia obra ensayística

del autor. De allí la paradoja: la política robbegrilleteana se le escapa a Jefferson ahí mismo donde pensaba poder aferrarla. No es que ella le crea excesivamente a Robbe-Grillet (de hecho lejos de suscribir a todas las ideas que extrae del corpus del autor, parece dar vuelta muchos de los razonamientos en contra del propio Robbe-Grillet), sino que no puede salir de las categorías, las dicotomías, las paradojas que el propio Robbe-Grillet exhibe en sus textos: sigue –como se dice– prendada de su juego, y peor: piensa haber ganado.

De allí que no pueda advertir algo que se torna obvio para todo aquel que ha fatigado la obra de Robbe-Grillet: puede que sea un individualista, puede que desconfíe de la política partidaria, puede que rechace el valor instrumental del arte a una ideología exterior (valores que son, en cierta medida, todos del autor, mas no necesariamente de la obra), sin embargo en sus narraciones las comunidades heterodoxas que buscan desbaratar el orden estatal son legión. Aun cuando la hipótesis de Jefferson tenga su momento de verdad y Robbe-Grillet desconfíe de las ideologías (porque tienden a encubrir, malversar e inmovilizar las relaciones sociales), su obra hace síntoma: la política tiñe subrepticamente todo, apareciendo como el fondo impreciso sobre el cual se recortan las acciones erráticas de sus personajes. ¿No estaba de hecho este elemento ya presente en *Les Gommès* (1953)? Tras el ropaje de los procedimientos estilísticos, los meandros temporales y el mundo objetual, a veces nos olvidamos que aquello que motivaba toda la pesquisa en sí del detective Wallas era un “*assassinat politique*” (p. 72) llevado a cabo por una presunta “*organisation anarchiste*” (p. 73), “*terroristes*” (p.88) o “*révolutionnaire*” (p. 103) que “*a déjà semé l’inquiétude à tous les coins du pays*” (p. 125) a través de una serie de asesinatos poco claros, de los que también se sospecha si no son “*actes sans lien*” (p. 125) o una “*invention machiavélique du gouvernement*” (p. 74). Se podrá aducir, no sin razón, el rol secundario que este detalle ocupaba en dicha novela, pero no menos cierto es que un conjunto de detalles hacen a un estilo, en tanto la reaparición sistemática –por menor que sea– señala el sedimento consciente o inconsciente con el cual se teje una obsesión. De hecho el tópico recurrente del complot político es consustancial con la experimentación a nivel estilístico: son, si se quiere, dos formas de extremismo que suponen la crítica de una racionalidad moderno-burguesa, tanto política como estética, que busca naturalizar su lógica de dominio, fijar el límite de lo legítimo, establecer la ley misma de su existencia.

La impugnación del orden, narrativo o político, nos coloca por lo tanto de frente a la catástrofe monstruosa e informe del porvenir. Pero dicho temor, atribuible en parte a la forma, es nada si no percibimos la incógnita reinante en torno a las comunidades de anónimos que tienen a la destrucción como lema. En este sentido la obra de Robbe-Grillet no solo es cara a la obsesiones, sino también a la paranoia. Es lo que comienza a volverse evidente a partir de su ingreso al cine. La superficie del relato parece estar condicionada por un mundo oculto que digita el reino de lo visible. Frente a la imposibilidad de otorgar sentido a aquello que se ve y escucha, frente a lo extraño, lo avieso, lo indeterminado, el paranoico necesita suturar la ambigüedad constitutiva del mundo restituyendo un vellocino oscuro al cual otorgarle una voluntad superior, una intención legisladora sobre la realidad. Uno tiene la sensación tangible frente a sus narraciones de que nada es lo que dice ser y que todo parece un simulacro que termina por imponerse a la realidad, ya sea el discurso de X en *L'Année dernière à Marienbad*, la ciudad misma de Estambul en *L'Immortelle* o las relaciones mundanas de *La Maison de rendez-vous*. Sin embargo no es sólo la enunciación de las ficciones la que es paranoica (repeticiones, elipsis, fragmentaciones, vacilaciones, refutaciones que enrarecen y ponen en cuestión la veracidad de lo narrado), sino que es en el propio nivel del enunciado donde las conspiraciones pululan. Las sociedades secretas, las organizaciones criminales, el complot estudiantil, las células terroristas, la revolución armada: lo común se hace forma y adopta los modos de lo secreto, lo prohibido, lo ilegal.

Algo de ello parece estar pensando el propio Robbe-Grillet cuando sostiene que sus novelas “*always contain those characters who organize order, and those characters who organize disorder*” (1977, p. 8). Dialéctica que implica una economía de la narración. En este sentido podríamos pensar que en sus primeras novelas, aun en su vaciamiento, el personaje continúa estructurando el desarrollo de la acción, en tanto el *telos* del relato todavía depende de su destino. Es él, quien frente a la amenaza de la desconocido u oculto, construye un discurso objetivo que busca calmar la angustia frente aquello percibido. El personaje individual sería por lo tanto el sedimento de un orden en continuo estado de amenaza, advertido sobre su propia finitud. Por el contrario las comunidades serían aquellas fuerzas impersonales que no pueden ser reducidas a una estructura entendida como un esquema de orden

geométrico. Por lo tanto si la visión del individuo (y su acción) termina por ocupar todo el espacio mismo de lo visible, las comunidades operan en las sombras como el resto no conceptualizable de la narración. Sin embargo con la progresión de la obra de Robbe-Grillet lo mimético comenzará a imponerse a lo constructivo y la comunidad al individuo.

El enigma de la política en Robbe-Grillet parte de la tensión entre lo dicho y lo no dicho sobre estos “*“gang’ fantôme, aux buts mystérieux et aux conjurés insaisissables”* (1953, p. 180). La comunidad de los complotados aparece por lo tanto como una réplica a la insuficiencia de los modelos de funcionamiento de la sociedad moderna, ya que “es la misma sociedad de individuos, ya destructiva de la antigua comunidad orgánica, la que genera nuevas formas comunitarias como reacción póstuma a la propia entropía interna” (Esposito 2008, p. 36). Si se quiere el complot aparece cuando la acción política tradicional fracasa: es su reverso, su síntoma, pero también su *pharmakon*. Sin embargo un complot supone no solo una política de la invisibilidad y la destrucción irracional, sino una nueva forma de circulación del sentido dentro de la sociedad. De hecho en tanto se mantiene al margen de la discusión cívico-parlamentaria, el complot es la negación de un determinado modo de sentir, interpretar, hacer política, y por ende la postulación de una realidad alternativa, una contra sociedad que busca generar su propia economía, su propio sistema de valor.

Qui sont les victimes? Quel était exactement leur rôle dans l’État? Leur disparition soudaine et massive ne cause-t-elle pas déjà un vide appréciable? Comment se fait-il que personne n’en parle dans le salon, dans les journaux, dans la rue?

En réalité cela s’explique très bien. Il s’agit d’un groupe d’hommes, assez nombreux, disséminés dans tout le pays. Ils n’occupent, pour la plupart, aucune fonction officielle ; ils ne sont pas censés appartenir au gouvernement ; leur influence est néanmoins directe et considérable ; Économistes, financiers, chefs de consortiums industriels, responsables de chambres syndicales, juristes, ingénieurs, techniciens de toutes sortes, ils restent volontairement dans l’ombre et mènent le plus souvent une existence très effacée ; leur noms sont peu connus du public, leur visages complètement ignorés. Pourtant les conjurés ne s’y trompent pas : ils

savent atteindre en eux l'armature même du système économique-politique de la nation (1953, p. 217).

La paradoja es que el “*crime politique*” (p. 95) de *Les Gommés* no se produce aparentemente sobre un hombre de Estado, sino sobre uno de esos individuos grises, civiles no comprometidos directamente con la política pública, pero que sin embargo, a su manera, se encargan, directa o indirectamente, de producir o diseñar el estilo de vida de toda una sociedad. ¿Nos advierte Robbe-Grillet sobre la declinación del poder del Estado en provecho de las fuerzas impersonales del Mercado? ¿Será por el contrario dicha hipótesis sobre los asesinatos la profundización de la razón conspirativa que ve maquinaciones allí donde sólo hay individuos aislados? ¿O la muerte del “armazón político-económico” supone la antesala de una transvaloración, resignificación de los objetos comunes? Amén de la indecibilidad de una causalidad que elige permanecer enmascarada, lo que resulta evidente es que, tal como lo señala Laqueur, “en la mayoría de las ocasiones, el terrorismo no surge en los regímenes más opresivos, sino, al contrario, en condiciones de relativa libertad” (1997, p. 26). En cierta manera, para el pensamiento conspirativo la situación es aún peor: el Estado totalitario suponía al menos la visibilización absoluta del dominio o ejercicio de la violencia sobre el pueblo: era un enemigo puro, sin matices. Sin embargo la economía opera hoy como un mal sin forma o límites precisos: la inmunización llevada a cabo es contemplada, asumida e introyectada por el propio pueblo. Es lo que la comunidad querría restituir: la experiencia sustraída finalmente a todo cálculo, interés o fin. De allí que frente a la racionalidad instrumental que gobierna la política estatal, el punto de vista del complot señale la anomalía, inversión o aplazamiento en la lógica de causas y efectos. Para la *ratio* conspirativa los hechos son o los medios de un fin que se ha extraviado y que permanece oculto, o los medios que se confunden con el propio fin a conseguir: ¿es de hecho el asesinato de Dupont el fin deseado o es el medio para comunicar un hecho venidero? Avanzar sobre las causas es retroceder sobre su sentido. La razón conspirativa funciona mediante la ocultación de su *cosa*, de allí que puedan atribuirse sentidos infinitos y desesperantes a los móviles ostensibles que no declaran su razón o su génesis.

Sin embargo si en las primeras narraciones ese mundo del complot solo es perceptible por sus efectos, a partir de *La Maison de rendez-vous* comienzan

a explicitarse los entretelones que constituyen la conspiración. Es la paradoja de toda conjura: debe ocultar lo que hace pero en algún momento debe *detener* la ocultación total si no quiere que el secreto se diluya por la inmanencia de la propia maquinación. De igual modo la exhibición fragmentada o parcial colabora con la lógica del complot: sólo quien ve, aunque dude de lo que ha visto, puede alimentar la creencia en un más allá de lo empíricamente existente. Pero para quien no está iniciado en el secreto, este permanece como un jeroglífico inexplicable. De allí que para los complotados la ilegibilidad sea un valor.

La seconde porte est grande ouverte : c'est de là que provient la clarté diffuse qui facilitait l'ascension des dernières marches. Dans une salle assez longue, où le jour pénètre par une baie à moustiquaire de toile métallique, donnant sur une loggia surchargée de linge qui sèche, un centaine de spectateurs – des hommes pour la plupart – sont assis sur des bancs rangés en lignes parallèles ; ils regardent tous avec une attention soutenue un orateur qui fait un discours, juché sur une petite estrade à bout de la pièce. Mais c'est un discours muet, constitué uniquement avec des gestes compliqués et rapides où les deux mains ont leur part, et qui sans doute s'adresse à des sourds de naissance (...) Kim se rend compte alors d'un détail important : ce n'est pas des hommes surtout qu'il y a autour d'elle, mais uniquement des hommes. Elle se demande quel peut être le sujet de l'exposé qui les réunit là (...) C'est maintenant un policier anglais (...) qui s'encadre dans l'embrasure de la porte. Les jambes écartées, la main droite posée sur l'étui du revolver, il donne l'impression d'être posté là en faction. Cette réunion serait-elle politique ? Quelque meeting de propagande communiste aurait-il, plus que les autres, inquiété le commissariat central de Queen Roads ? C'est très improbable. Ou bien un malfaiteur se serait-il dissimulé parmi le public afin d'échapper à ses poursuivants ? (Robbe-Grillet, 1965, pp. 155-156)

El complot es invisible, aún a plena luz. Es recién la autoridad la que restablece la política, la que convierte a la masa impersonal en algo más que sí misma, la que introduce las intenciones retrospectivas. Lo que Kim no puede ver es que la política aparece no porque haya (o no) propaganda partidaria, sino por el propio hecho de estar reunidos. La política, tal como se la intuye en el fragmento, es un gesto ilegible e incomprensible, dirigido

a una comunidad cerrada por su imposibilidad o renuencia a escuchar (¿hay ahí indicios para una teoría sobre el pueblo en Robbe-Grillet?). Puede leerse la mudez del orador como el reverso del mundo del parloteo de los políticos, pero también coincide con él, en tanto que éste avanza a riesgo de no decir nada. La política aparece por lo tanto desmaterializada, parodiada, vaciada de todo significado concreto. En dicha estetización uno podría leer el gesto nihilista de quién ve en la política la irracionalidad del individuo hipostasiada en voluntad general. O la burocratización de un partido o sistema que no tiene nada para decirle a un auditorio que en sí no puede o no quiere escuchar.

Sin embargo es el contexto, el espacio en el cual tienen lugar las acciones, lo que permite llegar a una interpretación, dotar de un contenido, aunque sea exiguo, al mitin. Si la política, tal como lo sostiene Rancière supone un reparto de lo sensible, el fragmento exhibe lo que excluye: las mujeres. Recorriendo la obra previa de Robbe-Grillet uno puede intuir su contenido, las oscuras intenciones detrás del gesto, pero al no explicitarse su contenido éste se convierte en “lo inconfesable”: “lo que no tiene forma conocida pero intuimos como la totalidad del mal que puede existir en el mundo. Es lo conocido bajo su forma real de lo resistente a cualquier conocimiento” (González, 2004, p. 38). La política, la cultura, exigen la visibilidad necesaria como para que se produzca el efecto de asimilación o identificación entre las partes; pero el conspirador se inclina por la negación, por la sustracción de toda nomenclatura que lo normalice. Pero si el momento pre-político de la comunidad es cuando interioriza la exterioridad del mundo para constituirse a sí misma, cuando se vuelca en el exterior, aún en sus formas menores, desplazadas, subterráneas, criminales, reaparece la comunicación. Aún en su diafanidad lo visible exige nombre. Robbe-Grillet se expone.

Uno podría pensar que si la conspiración como género, como retórica atrae a Robbe-Grillet es menos por las implicancias ideológicas *a posteriori* que ella genera (las comunidades robbegrilleteanas son impracticables en el poder), que por el movimiento caótico que genera a su alrededor. La radicalización formal de la estética de la novela, halla en el complot terrorista su mismo *ethos*: la negación de la racionalidad que subsume todo a fines. La narración conspirativa es por lo tanto otro modo de reconfigurar la relación siempre tensa entre literatura y política. Frente a la poética de máxima visibilidad del compromiso sartreano en el que las contradicciones, tal como lo

plantea Marx, deben exhibirse a plena luz del día, la política en Robbe-Grillet se mantiene siempre en la noche de las posibilidades. Es si se quiere el reverso de la ilustración, una ilustración oscura que ilumina sobre aquello que la política niega para constituirse. Es el modo en el que la literatura tiene de hacer política según Robbe-Grillet: crear un orden narrativo violento que nos permita visualizar la violencia naturalizada de nuestras categorías.

Referencias bibliográficas

- Esposito, R. (2008). Nihilismo y comunidad. En Esposito, Galli, Vitiello (Comp.), *Nihilismo y política*. Buenos Aires: Manantial.
- Goldmann, L. (1963). *Para una sociología de la novela*. Madrid: Ciencia Nueva.
- González, H. (2004). *Filosofía de la conspiración*. Buenos Aires: Colihue.
- Jefferson, A. (1990). Regicide and readers: Robbe-Grillet's politics. *Paragraph*, 13(1).
- Laqueur, W. (1997). *Una historia del terrorismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Leenhardt, J. (1973). *Lectura política de la novela*. México: Siglo XXI.
- Robbe-Grillet, A. (1953). *Les Gattes*. Paris: Minuit.
- Robbe-Grillet, A. (1965). *La Maison de rendez-vous*. Paris: Minuit
- Robbe-Grillet, A. (1977). Order and disorder in Film and Fiction. *Critical Inquiry*, 4(1).